

MEGAN RAPINOE

LA
AUTOBIOGRAFÍA
DE LA MEJOR
FUTBOLISTA
DEL MUNDO

ONE LIFE

LIBROS CÚPULA

MEGAN RAPINOE

CON EMMA BROCKES

ONE LIFE

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Megan Rapinoe, 2020

© Fotografías interiores: archivo de la autora

© Fotografía de cubierta: Jody Rogac

Traducción de Fco. Javier Pérez

Primera edición: febrero de 2021

Originalmente publicado en 2020 por Penguin Press, sello perteneciente a Penguin Random House LLC bajo el título: *One Life*

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2821-3

D. L.: B. 7.274-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

Impresor: Egedsa

SUMARIO

Prólogo	11
Introducción: en pie	15
1. Vida rural	25
2. Mujeres fuertes	33
3. Entrenamiento	41
4. Brian	49
5. Fuera	61
6. Abajo	71
7. Chicago	81
8. La única gay en el equipo	93
9. El fin de la liga	107
10. Londres 2012	113
11. Olympique Lyonnais	123
12. La lucha por la igualdad salarial	131
13. Río	141
14. Arrodillarse	153
15. Sue	171
16. Merecedora	181
17. Adelante	197
Epílogo	209
Agradecimientos	213

1

VIDA RURAL

No le caía bien a la señorita Walmart. Tenía siete años, vestía como un chico y, en un arranque, le había sacado la lengua. No era mi primera falta; ya me habían llamado la atención varias veces por hablar en clase, por lo que mandaron una nota informativa a mis padres. Mamá sabía que podía resultar una niña revoltosa —de eso no cabía duda alguna—, pero no estaba segura de que la culpa de aquello fuese del todo mía. La señorita Walmart era una profesora malhumorada y yo una mocosa, por lo que mi madre se presentó voluntaria para asistir a clase y así vigilarme mientras comprobaba si era la maestra la que me tenía manía o si simplemente me estaba portando mal.

Aquello último era algo plausible, sin duda. Durante la primaria fui una cría muy emocional, aunque no tenía ni idea de cómo manejar esas emociones. Algo curioso de los gemelos es que pueden intercambiarse la personalidad. No a propósito, sucede sin más. Uno adopta una postura y el otro la opuesta, equilibrando las cosas de forma instintiva. En el instituto, yo sería la callada que iba tras la estela de Rachael, pero en el colegio era todo lo contrario. Durante la guardería (que mamá nos hizo repetir hasta que Rachael estuviese lista para ir a la escuela), yo respondía por ella y en casa era la que siempre hablaba de más. A aquella edad, mi abuelo nos puso apodos a ambas: yo era Ma Barker y mi hermana Sweet Muffin.

Parte de mi ser ruidoso radicaba en mi temperamento, pero también influía el contexto. Éramos una familia numerosa y con tendencia al bullicio, una tenía que alzar mucho la voz para hacerse oír. Rachael y yo nacimos en 1985 y, para aquel entonces, nuestro hermano mayor, Michael, ya se había ido a vivir con su padre a San Diego, pero aún quedaban CeCé, con quince años y que llevaba viviendo con nuestros padres desde los once; Jenny, de ocho años; Brian, de cinco, y una serie de miembros de la familia que fueron pasando intermitentemente por casa a temporadas. Nada más darnos a luz mi madre a mi hermana y a mí, su hermana, Melanie, y la hija de esta, Aleta, vinieron a vivir con nosotros durante un tiempo. Cuando estaba en el instituto, lo hizo nuestro abuelo Jack. Y algo después, nuestros padres acogieron a Austin, el hijo de Brian, al que han estado criando desde que era un bebé.

Es algo característico de papá y mamá: cuidan de su gente. Mi madre, Denise, lleva haciéndolo toda la vida —es la hija mayor de ocho hermanos y sus padres eran ambos alcohólicos—. Y mi padre, Jim, desde los treinta, cuando se casó con ella. Mamá tenía veintitrés años cuando empezaron a salir y llevaba mucho a cuestas: un exmarido amargado, dos niños pequeños, una madre muriéndose en Nevada y una hermana de nueve años que pronto iba a quedarse huérfana y que necesitaba un sitio donde vivir. Era demasiado para un soltero de treinta y nueve, sobre todo para uno que tenía sus propios problemas en el trabajo. Cuando ambos se conocieron, papá había estado diez años viviendo en San Diego. Durante ese tiempo había trabajado como pescador, vendedor de coches, camionero y gruista. Mamá, por su parte, había ejercido de camarera, auxiliar de dentista y recepcionista en una empresa de transportes y, llegado aquel momento, se dedicaba, principalmente, a ocuparse de su madre.

Muchos hombres, al encontrarse en la situación de mi padre, hubiesen salido huyendo. Nada en su pasado lo había preparado para la familia de mi madre, un gran clan católico —mamá tiene treinta y dos primos, y eso solo por parte de madre— que ha pasado por muchos momentos duros. Mi abuelo por parte de ma-

dre, exmilitar, abusaba verbalmente de sus hijos mediante críticas constantes y, al menos hacia los varones, ejercía la violencia de forma esporádica. Y nunca tuvo un empleo fijo. Mientras vivieron en San Bernardino, estuvieron frecuentemente en la ruina y, aunque mi abuela era una luchadora nata, solía encontrarse a menudo en la imposible situación de tratar de criar a ocho niños con un sueldo de camarera.

Mi padre, por el contrario, creció en un hogar estable y de clase media formado por una ama de casa y un bombero. Tenía solo un hermano, hecho por el que, quizá, se vio atraído hacia la numerosa familia de mamá. Lejos de sentirse alienado por todo el jaleo y el ruido, papá encontró aquello maravillosamente cálido y acogedor. Mis padres tienen mucho en común; por ejemplo, que ambos llegaron al sur de California, procedentes de otros lugares, siendo niños. Ambos tenían padres que habían sido veteranos de guerra; mi abuelo por parte de padre luchó en Francia durante la Segunda Guerra Mundial y el padre de mi madre había combatido en Corea, lo que, visto en retrospectiva, explica parte de su comportamiento. Mamá y sus hermanos están convencidos que padecía un trastorno de estrés postraumático no diagnosticado.

Papá y mamá son despreocupados y generosos, gente trabajadora con un sentido del humor algo excéntrico. Pero, sobre todo, son gente que valora la familia por encima de todo lo demás. Mi madre nunca dice que no a alguien que necesite una cama en la que pasar la noche; mi padre es del tipo de personas que siempre salen en defensa de los que no tienen nada. Tras la decepción que resultó ser Bill, el primer marido de mamá, alguien demasiado parecido a su propio padre, los hermanos de ella se enamoraron de mi padre y, durante mucho tiempo, la respuesta tipo cuando algún miembro de la familia necesitaba ayuda fue: «¡Habla con Jim!». Después de casarse y tener a Brian, a mis padres les pareció de lo más lógico mudarse a Redding para estar cerca de la hermana de mamá. Un año después de la mudanza, nos tuvieron a Rachael y a mí.

Todo el mundo asume que existe un vínculo especial entre gemelos, lo cual es cierto, aunque este no es exactamente como se suele imaginar. Rachael y yo no nos leemos la mente. Ni acabamos una las frases de la otra. Ni siquiera, de todos nuestros hermanos, somos las que más nos parecemos entre nosotras; yo misma me parezco más a Brian que a ella, o al menos así era cuando éramos pequeños. Aun así, nuestra relación es peculiar. El hecho de que muchas veces me refiera a mí misma en plural es raro cuando una se para a pensarlo. (Rachael y yo también nos consideramos «compañeras de útero»; perdón.) Ella nació antes y a tiempo, lo que hizo que los médicos se preocupasen por el hecho de que yo tardase tanto. Tuvieron que darme un buen empujón para sacarme; Wendy, la hermana de mi madre, que estuvo presente en el parto ya que a mi padre no se le permitió entrar al paritorio por tener la gripe, dice que los efectos de ese empujón aún pueden notarse.

Tener una gemela es como contar con un espejo. Rachael es mi aliada, incorporada de serie, mi caja de resonancia, la red de seguridad que siempre es fiable al cien por cien. Durante mis primeros siete años de vida, antes de que fuésemos separadas en primaria, apenas nos perdíamos de vista. Y por mucho que a veces nos peleásemos, cuando una tenía un problema, la otra siempre corría a defenderla. De bebés, acostaban a Rachael en su cuna como castigo por tocar la estufa aún caliente y, cuando mamá regresaba al cabo de un rato para ver cómo estaba, me encontraba a mí allí, tumbada en el suelo, cogiéndola de la mano a través de los barrotes como consolando a un prisionero.

Vivíamos en Palo Cedro, una pequeña comunidad semirural al este de Redding y con unas impresionantes vistas a las montañas. Últimamente he sido bastante despectiva al respecto del sitio. Es una ciudad pequeña, de noventa mil habitantes, en lo alto del valle de Sacramento, a dos incómodas horas en coche desde el aeropuerto más cercano y —salvo que seas aficionado a los salones de tatuajes y las destilerías— que no ofrece absolutamente nada que hacer. Los veranos allí son demasiado calurosos (cuando mamá estaba embarazada de nosotras, padeció una ola de calor que llegó a alcanzar los 46 °C) y los inviernos demasiado fríos, y

si bien el condado, en general, es ciertamente bonito y permite la práctica de los deportes al aire libre y el senderismo, Redding no resulta en absoluto destacable. Aun así, lo amo. Está lleno de gente buena, aunque sea contraria a sus opiniones políticas, y sigo considerándolo mi hogar.

Y, sin duda, fue un magnífico rincón del mundo en el que criarse. La casa de Oak Meadow Road era una más de las típicas propiedades de la zona, un pequeño rancho de 1,2 hectáreas alejado de la carretera, pintado de azul y con cuatro dormitorios. Teníamos gatos y perros. Nuestros vecinos criaban caballos y ovejas. Un arroyo corría a la vuelta de la esquina, y al otro lado de la calle había un campo vacío, lugares ambos por los que podíamos corretear hasta que llegase la hora de cenar, cuando mamá salía al patio, se llevaba los dos dedos índices a las comisuras de la boca y silbaba para llamarnos.

Éramos libres, con algunos límites. (Una vez cometí el error de esconderme e ignorar el silbido de mi madre, algo que no volví a repetir jamás.) Tras incontables horas de jugar al escondite y al *laser tag*, y cogiendo cangrejos en el arroyo con nuestro primo Stevie, corríamos de vuelta a casa, donde nos esperaba la cena, que casi siempre preparaba mi padre. En aquella época no se hablaba de «roles de género», al menos no en Redding, pero mis padres, ambos con trabajo fuera de casa, tenían un modo poco usual de ocuparse de los asuntos familiares. Mi padre se encargaba del exterior y mi madre del interior aunque, en general, se dividían las tareas de forma bastante equitativa; por la mañana, mamá nos despertaba y nos preparaba para el colegio; por las tardes, tras una dura jornada trabajando en la construcción, mi padre preparaba la cena, nos bañaba y nos acostaba mientras mamá hacía el último turno en el Jack's Grill.

Una noche a la semana, mi padre gritaba «¡A rapiñar!». A lo que nosotros contestábamos chillando: «¡Odiarnos rapiñar!». Ese «rapiñar» significaba vaciar la nevera y comerse todas las sobras acumuladas y, si no nos gustaba... Pues mala suerte. De ningún modo iban mis padres a tirar la comida, y la cena no era optativa. Solo las veces que los niños estábamos ya de vuelta y mamá aún no había salido

para el restaurante, nos sentábamos a la mesa como una familia. (Recuerdo a CeCé diciéndome que, antes de ir a la universidad, nunca había cenado una de esas bandejas de comida preparada para consumirse en el sillón mientras ves la tele, y que llegó a emocionarse cuando probó una.) La cena era un momento importante, en el que todos teníamos la oportunidad de comentar cómo nos había ido el día, contar chistes y reírnos.

También discutíamos, claro. Cuanto más grande es una familia, más miembros de esta piensan que son ellos los que se han llevado la peor parte. A mi hermana Jenny le gusta recordarme que cuando ella y CeCé eran pequeñas, mamá las obligaba a arrancar las malas hierbas del jardín —«¡Y mama nunca plantó nada allí!»—, algo de lo que Rachael y yo nos libramos. «¡No es justo!», aúlla siempre en conclusión. Y a mí me gusta recordarle a ella aquel día en que nos estaba haciendo de canguro y me llevó a rastras, contando yo solo cinco años, por haber sido testaruda (léase: por sacarla de quicio) y, sin querer, me dislocó un hombro, con lo que casi priva a Estados Unidos de una futura delantera estrella. Al ser las más jóvenes de la familia, Rachael y yo nos salimos muchas veces con la nuestra, en parte gracias a lo monas que resultábamos; tanto que, pasada ya la infancia, aún se referían a nosotras como «las bebés». Aun así, seguía habiendo niños situados por encima de nosotras en la cadena trófica de la casa y que podían aprovecharse de nosotras.

A mí no me importaba ser la menor. Incluso de niña, siempre he estado dispuesta a responder ante lo que sea. Curiosamente, lo que peor me hacía sentir no era que se aprovecharan de mí, sino que me consolasen. Si estaba enfadada, dolida o molesta, lo último que quería era que alguien viese esa herida. Prefería pegar un grito y encerrarme en mi habitación hasta dar con la forma de calmarme. Muy de vez en cuando, CeCé me tentaba llamando suavemente a la puerta y preguntando: «Meggy, ¿estás bien?». Pero, por lo general, nunca quise consuelo.

Todos los niños lloran. Pero la rabia absoluta que sentía al perder el control de mis emociones era algo totalmente distinto. De ahí surgió el mote de Ma Barker, aunque aún a día de hoy no estoy

segura de qué pasó exactamente. Cuando Rachael se enfadaba, quería que alguien la tranquilizase al momento. Para mí, sin embargo, perder la compostura delante de otros era la cosa más bochornosa del mundo. Actualmente es casi imposible avergonzarme, y me pregunto si aquellos primeros episodios de autoconciencia actuaron de algún modo como vacuna. En determinado momento llegué a entender que debía hacerme con el control de mí misma y aprender a metabolizar la decepción, la frustración y la ira; todo aquello que, veinte años después, iba a encontrarme a diario en el campo de fútbol.

Para los demás miembros de la familia, obviamente, no era más que un grano en el culo. «Nise tiene que meter a esa cría en vereda» era una de las frases que mamá oía a menudo de boca de nuestros parientes más lejanos, y a la que nunca hizo ningún caso. «Son lo que son», decía ella de sus hijos, para después asegurarle a todo el mundo que no me pasaba nada y que solo necesitaba que me dejaran en paz. Veinte o treinta minutos después de la rabieta, salía de mi habitación y me subía a su regazo.

Tanto mamá como papá nos aceptaban tal como éramos. Aunque eso no significa que fuesen laxos con la disciplina. Mi madre odia las palabrotas, por ejemplo, y (la pobre, ahora se arrepiente muchísimo de ello) de vez en cuando nos lavaba la boca con jabón si maldecíamos. Pero, en lo importante, ella y mi padre siempre se mostraron liberales y compasivos, sin ideas fijas e inmutables al respecto de cómo deberíamos ser o actuar.

A mamá no le perturbaba que Rachael fuese demasiado tímida siquiera para abrir la boca cuando íbamos a la guardería, no se sorprendía cuando yo me ponía a gritar y corría a mi habitación; y, tras pasar unos cuantos días en mi clase de primaria con la señorita Walmart, decidió que en realidad no había nada de qué preocuparse. Incluso se mantuvo impertérrita cuando, a los cinco años, dije que quería llevar el pelo tan corto como Brian y vestir solo ropa de chico. Adoraba a mi gemela, pero mi hermano, cinco años mayor que nosotras, representaba todo lo que yo quería ser: divertido, listo, alegre, popular, extrovertido y buen deportista.

Como he dicho, mamá lo toleró sin mayor problema. Rachael conservó la melena y seguía llevando vestidos mientras yo corría a su lado como si fuese su hermano gemelo y los desconocidos se dirigían a mí como «chaval» u «hombrecillo». Esto último me parecía graciosísimo. «¡Hola!», les contestaba al instante, sin corregirlos. Y mi madre, que es justo lo contrario de esas que ponen diademas a sus bebés para que nadie confunda a su niña con un niño, se limitaba a decir: «Me encanta que sea una mari-macho, ¿no te parece una monada?». Uno de aquellos días durante la primaria, al volver del recreo, me quedé en la puerta del aula con los brazos en jarras y le rugí a la señorita Walmart: «¡Brian Rapinoe es mi hermano, y yo soy como él!». No me extraña que no me soportase.